9. LA FIESTA TIEMPO PARA EL SEÑOR

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

²³Sucedió que un sábado, cruzaba Jesús por los sembrados, y sus discípulos empezaron a abrir camino arrancando espigas. ²⁴Los fariseos le decían: «Mira ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?». ²⁵Él les responde: «¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y él y los que le acompañaban sintieron hambre, ²⁶cómo entró en la Casa de Dios, en tiempos del Sumo Sacerdote Abiatar, y comió los panes de la presencia, que sólo a los sacerdotes es lícito comer, y dio también a los que estaban con él?». ²⁷Y les dijo: «El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado. ²⁸De suerte que el Hijo del hombre también es señor del sábado» (*Mc* 2, 23-28).

¹ Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera: ²Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. ³Simón Pedro les dice: «Voy a pescar». Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo». Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. ⁴Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. ⁵Jesús les dijo: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?» Le contestaron: «No». ⁶El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. ⁷El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor». Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se puso el vestido –pues estaba desnudo– y se lanzó al mar. ⁸Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. ⁹Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. ¹⁰Jesús les dice: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar».

¹¹Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red.

¹²Jesús les dice: «Venid y comed». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», pues sabían que era el Señor

¹³Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez.

¹⁴Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. (*Jn* 21, 1-14)

D. Catequesis bíblica

1. **Jesús «Señor» del sábado.** El domingo nace como «*memoria*» semanal de la resurrección de Jesús, celebra la «*presencia*» actual del Señor resucitado, espera la «*promesa*» de su venida gloriosa. En los primeros tiempos del cristianismo el *dies dominicus* no substituyó en seguida al sábado judío, sino que vivió en simbiosis con este. Para comprender esto debemos detenernos en tres momentos: la relación entre Jesús y el sábado; el surgimiento del primer día de la semana; el domingo en los primeros siglos. En estos tres momentos se hace presente el significado espiritual y teológico del domingo cristiano como memoria, presencia y promesa.

En el evangelio Jesús manifestó una especial libertad acerca del sábado, tanto que su actividad taumatúrgica parece concentrarse en ese día: pensemos en el episodio de las espigas arrancadas en sábado (*Mc* 2, 23-28; *Mt* 12, 1-8; *Lc* 6, 1-5); en la curación del hombre con la mano seca (*Mc* 3, 1-6; *Mt* 12, 9-14; *Lc* 6, 6-11), de la mujer encorvada (*Lc* 13, 10-17) y de un hidrópico (*Lc* 14, 1-6). El evangelista Juan sitúa en sábado la curación del paralítico en la piscina (*Jn* 5, 1-18) y el relato del ciego de nacimiento (*Jn* 9, 1-41).

Respecto al sábado, Jesús se mueve en una *perspectiva* que tiene tres facetas. Ante todo, **Jesús confirma la veneración por el mandamiento del sábado:** más allá de la práctica legalista de los fariseos, Jesús reconoce, vive y recomienda el significado del sábado. El episodio de las espigas arrancadas en sábado interpreta la Ley a la luz de la voluntad de Dios: «El sábado está hecho para el hombre, no el hombre para el sábado». El sábado tiene como finalidad la vida del hombre en plenitud (*Mc* 3, 4; *Mt* 12, 11-12). En segundo lugar: **Jesús cumple el sentido del sábado, liberando al hombre del mal.** El sábado es el vértice de la obra de Dios y el hombre ha sido creado para el sábado auténtico, es decir, la comunión con Dios. La misión de Jesús se cumple ofreciendo a la humanidad la gracia de realizar su vocación, aquella para la cual Dios la creó desde su origen. Esto sucede sobre todo para aquellos que están heridos en el cuerpo y en el alma: los enfermos, los lisiados, los ciegos, los pecadores. El sábado es el día de los gestos de liberación de Jesús. Por último, **Jesús es el «Señor» del sábado.** Renovando la obra de creación y liberación del mal, Jesús se revela a sí mismo como la plenitud de la vida, el fin del mandamiento sabático. Jesús es Señor del sábado porque es el Hijo y, como Hijo, introduce en la plenitud del sábado.

Para experimentar *la «presencia» del Señor resucitado*, la familia debe dejarse iluminar por la Eucaristía dominical. La celebración de la Misa se convierte en el corazón vivo y pulsante del día del Señor, de su presencia aquí y ahora como Resucitado. La eucaristía nos permite atracar nuestra nave en la ribera del misterio santo de Dios. En el domingo la familia encuentra el centro de la semana, el día que custodia su vida cotidiana. Esto sucede cuando la familia se pregunta: ¿Podemos encontrar juntos el misterio de Dios? En su sencillez, la celebración deja que el «misterio» de Dios nos salga al encuentro. El rito pone a la familia en contacto con la fuente de la vida, la comunión con Dios y la comunión fraterna.

Es más, mucho más: el misterio cristiano es *la vida nueva de Jesús resucitado que se hace presente en la asamblea eucarística*. La eucaristía dominical es el centro del domingo y de la fiesta. En esta la familia recibe la vida nueva del Resucitado, acoge el don del Espíritu, escucha la Palabra, comparte el pan eucarístico, se expresa en el amor fraterno. Por esto el domingo es el Señor de los días, el día del encuentro con Cristo resucitado.

2. El «primer día de la semana». El domingo es *la «memoria» de la Pascua de Jesús*. Según el concorde testimonio evangélico, Cristo resucitó el «primer día de la semana» (*Mc* 16, 2.9; *Mt* 28, 1; *Lc* 24, 1; *Jn* 20, 1).

En ese día se realizaron todos los acontecimientos sobre los cuales se basa la fe cristiana: la resurrección de Jesús, las apariciones pascuales, la efusión del Espíritu. Los cristianos de los orígenes retomaron el ritmo semanal judío, pero a partir de la resurrección, dieron una importancia fundamental al «primer día después del sábado» (*Lc* 24, 1). En el marco de ese día, Juan y Lucas sitúan la memoria de las comidas con Jesús resucitado (*Lc* 24, 13-35 y *Jn* 21, 1-14), coloreándolas de rasgos eucarísticos. El texto de Juan 21 nos hace comprender bien el clima de los encuentros eucarísticos de las primeras comunidades cristianas. Jesús «toma, da gracias y les da» el pan (*Jn* 21, 12.9-14), y «le reconocen en la fracción del pan» (*Lc* 24, 30.35). En continuidad con las comidas de Jesús se ponen las «reuniones» del primer día de la semana, que se recuerdan en *Hch* 20, 7 como momento de la asamblea comunitaria para «la fracción del pan» y la escucha de la Palabra del apóstol, y se mencionan en *ICo* 16, 2 como día de la colecta para los pobres de Jerusalén. El domingo, por tanto, se caracteriza por tres elementos: la escucha de la Palabra, la fracción del pan para compartirlo con los hermanos y la caridad. Más tarde, en *Ap* 1, 10 se llamará el «Día del Señor». La iglesia de los orígenes afirma así el vínculo de continuidad y diferencia con el sábado. El «día del Señor» es el día de la *memoria* de la resurrección.

Participando en la Misa, la familia dedica espacio y tiempo, ofrece energías y recursos, aprende que la vida no está hecha sólo de necesidades que satisfacer, sino de relaciones que construir. La gratuidad de la eucaristía dominical requiere que la *familia participe en la memoria de la pascua de Jesús*. En la Misa la familia se alimenta en la mesa de la Palabra y del pan, que da sabor y sentido a las palabras y al alimento que se comparten en la mesa de casa. Desde pequeños hay que educar a los hijos a escuchar la Palabra, retomando en casa lo que se ha escuchado en la comunidad.

Esto les permitirá descubrir el domingo como «día del Señor». El encuentro con Jesús resucitado, en el centro del domingo, debe alimentarse de la memoria de Jesús, del relato del Evangelio, de la realidad de la fracción del pan y de su cuerpo entregado por nosotros. La memoria de Cristo crucificado y resucitado marca la diferencia entre el domingo y el tiempo libre: si no lo encontramos a Él, no acontece la fiesta, la comunión es sólo un sentimiento, la caridad se limita a un gesto de solidaridad, que sin embargo no construye la comunidad cristiana y no educa a la misión. A la vez que nos introduce en el corazón de Dios, la Eucaristía del domingo forma la familia y la familia, en la comunidad cristiana, de algún modo hace la Eucaristía.

3. *El domingo en los primeros siglos.* En los primeros tiempos de la vida de la Iglesia, el domingo y la Eucaristía en el día del Señor subrayaban fuertemente también la espera de la venida del Señor.

San Justino, filósofo y mártir, nos dejó la imagen sugestiva de la comunidad cristiana reunida en el «día del Señor», correspondiente al día sucesivo al sábado.

«El día llamado del sol se reúnen todos en un lugar, tanto los que habitan en la ciudad como los que viven en el campo, y, según conviene, se leen los tratados de los apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo lo permita.

Luego, cuando el lector termina, el que preside se encarga de amonestar, con palabras de exhortación, a la imitación de cosas tan admirables. Después nos levantamos todos a la vez y recitamos preces; y a continuación, una vez que concluyen las plegarias, se trae pan, vino y agua: y el que preside pronuncia con todas sus fuerzas preces y acciones de gracias, y el pueblo responde «Amén». Por último, se distribuyen los dones sobre los que se ha pronunciado la acción de gracias, comulgan todos, y los diáconos se encargan de llevárselo a los ausentes. Los que poseen bienes de fortuna y quieren, cada uno da, a su arbitrio, lo que bien le parece, y lo que se recoge se deposita ante el que preside, que es quien se ocupa de repartirlo entre los huérfanos y las viudas, los que por enfermedad u otra causa cualquiera pasan necesidad, así como a los presos y a los que se hallan de paso como huéspedes; en una palabra, él es quien se encarga de todos los necesitados» (cf. *I Apología*, LXVII, 36).

El domingo es el día de la asamblea de los cristianos, y nos hace sentir el clima de las primeras comunidades que vivían la Eucaristía dominical como «anticipo» de la vida nueva que nos dio Jesús resucitado y «promesa» de la transformación del mundo. Hoy la Iglesia y la familia se ven convocadas nuevamente a esta fuente inagotable, a fin de que la originalidad del domingo cristiano no se pierda. Sobre todo en algunos períodos del año, como el Adviento y la Navidad, se renueva la espera de la venida del Señor, a través de gestos que en la familia y en la comunidad alimentan el sentido de la esperanza.

E. Escucha del Magisterio

La familia da mucha importancia al domingo, «día de alegría y de liberación del trabajo»: así lo define el Vaticano II en la constitución Sacrosanctum Concilium. Debe ser solícita no tanto con el domingo como día libre, descanso colectivo, fiesta de pueblo, sino sobre todo con el domingo como «día del Señor», es decir como día de la asamblea eucarística, de la que parte y hacia la que converge (fuente y culmen), en unidad de tiempo y de lugar, toda la vida cristiana. Los demás aspectos del domingo vienen después: son importantes, pero no esenciales. Para la familia la asamblea eucarística es necesaria. La familia cristiana organiza su vida, se educa a sí misma y a sus hijos de manera que pueda dar prioridad a la Misa respecto a cualquier otro compromiso.

Domingo, día del Señor

La Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón «día del Señor» o domingo. Así pues, en este día los fieles deben reunirse para, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que los «hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (*1 P* 1, 3).

Por consiguiente, el domingo es la fiesta *primordial* que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también un día de alegría y de liberación del trabajo. No debe anteponerse a esta ninguna otra solemnidad, a no ser que sea realmente de gran importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico. [*Sacrosanctum Concilium*, 106]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

1. ¿Cómo sentimos en nuestra familia el domingo y el encuentro con el Señor resucitado?
2. ¿Los gestos y la ritualidad en casa y en la comunidad permiten percibir la vida nueva de Cristo resucitado, la alegría de su presencia?
3. ¿La experiencia de la gratuidad de las cosas y del tiempo, la escucha de la Palabra en casa y en la iglesia, la mesa eucarística compartida, nos hacen vivir el domingo como pascua semanal?
4. ¿En qué momentos del año especialmente, y con qué gestos vivimos la Eucaristía dominical como tiempo de la espera y de la esperanza?

PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿En la sociedad actual qué impide vivir el domingo como *dies Dominicus* (día del Señor)?
2. ¿La educación al rito y el clima de la comunidad cristiana introducen verdaderamente al encuentro con Jesús crucificado y resucitado?
3. ¿Cómo el domingo puede convertirse en el día del Evangelio y de la memoria de la resurrección de Jesús?
4. ¿De qué modo el camino del año litúrgico, con sus tiempos y sus fiestas, logra expresar la espera del Señor?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final